

la realidad mexicana. ¡Los intelectuales! ¡Ah! ¡Ah!

Y después de todo no debe haber secreto. ¿Quién no lo sabe? Desde el tiempo del general Díaz los intelectuales han jugado un papel secundario en México. ¡Este es un país donde sólo tienen cabida los hombres de acción... los generales! ¿Me entiende usted? Y los generales repiten: "Para qué sirven los intelectuales que conocemos? Dice que hacen bonitos versos, que pronuncian discursos brillantes, que fabrican estrofas. Dice que cada estrofa corresponde a una situación". Y es verdad, al intelectual domesticado la interesa tan lo mismo el color rojo como el amarillo o el verde. Al intelectual le complace repetir sus versos cándidos, ingenuos, turbios y "torturados", delante de cuatro admiradores que no han cobrado la "quincena". Esta clase de intelectuales tienen su tiempo muy repartido. Por la mañana sirven al general y al político—hombres de pistola y de agallas—y por la noche hilvanan diversos artículos sobre el arte de matar pulgas con destreza. Otros beben "mezcal" y se entusiasman con países desconocidos y distantes que conocen solamente por imaginación. Y estos últimos son los más sinceros. ¿Ha bebido usted "mezcal" de Oxaca? ¡Licor de intelectuales después de la revolución! Los "científicos" bebían solamente cognac.

—Y la cultura revolucionaria, el talento, la ideología ¿dónde están?

—¡Pobre cosa!

Sonríe de nuevo el novelista. Una de esas risas crueles, amargas. El desearía un México nuevo, renovado, heroico no por la tragedia continua de la sangre sino por el desprendimiento generoso, por la valentía moral de sus hijos, por su sinceridad revolucionaria.

—Sabe usted, los intelectuales mexicanos, salvo rarísimas excepciones, han seguido a todos los gobiernos. El mal es muy hondo y viene de muy lejos, desde los tiempos del

porfirismo. Díaz Mirón, el gran poeta, fué servidor de Huerta, el chacal que asesinó a Madero. El poeta González Martínez, García Naranjo, Querido Moheno, Urrutia, Tablada, y fulano y zutano y todos los que ve usted pertenecen a las falanges del porfirismo. Y estos muchachitos "gidistas" que trabajan en las oficinas son tan revolucionarios como podían ser reaccionarios! Y no hablemos más de revolución. Ya no se sabe donde está la revolución y donde la reacción. La revolución se ha convertido en una paradoja. Por ejemplo, los "europeizantes" son calificados de reaccionarios y los "yanquizantes", en cambio de revolucionarios. Pero, ¿créee usted que todos estos empleadillos que imitan servilmente, unas veces a Gide y otras al pobre acróbata de Jean Cocteau, valgan algo? A mi me dan náuseas. ¡Su vida, su literatura de alfeñique, su cobardía! y el gobierno cree obtener de ellos un gesto, una actitud, un arranque de sinceridad para el pueblo. Intrascendentes, sin originalidad, pueblerinos. ¿Quiere usted oirme una palabra más? Cuando yo andaba por la sierra, allí en 1912, me acuerdo que un general tenía costumbre de decir a ciertos hombres de su séquito:

—Intelectual, prepárame un discurso que vamos a engañar a esta gente que no quiere batirse por la noble causa... Y el intelectual que había servido a Díaz y que ahora servía a la revolución, preparaba un discurso revolucionario. El general Pancho Villa, hombre de acero, montaraz y bravo, despreciaba a los intelectuales porque no sabían pelear y "cambiaban muy rápidamente de ideas". Tenía en su tren un carro que él llamaba la "vaciada" donde iban los animales maltrechos y cansados; pues allí alojaba a los intelectuales que le seguían. El mal viene de muy hondo—vuelve a insistir el novelista— los intelectuales se habían rebajado ante la dictadura. La sostenían por un pobre sueldo que les permitía vivir.